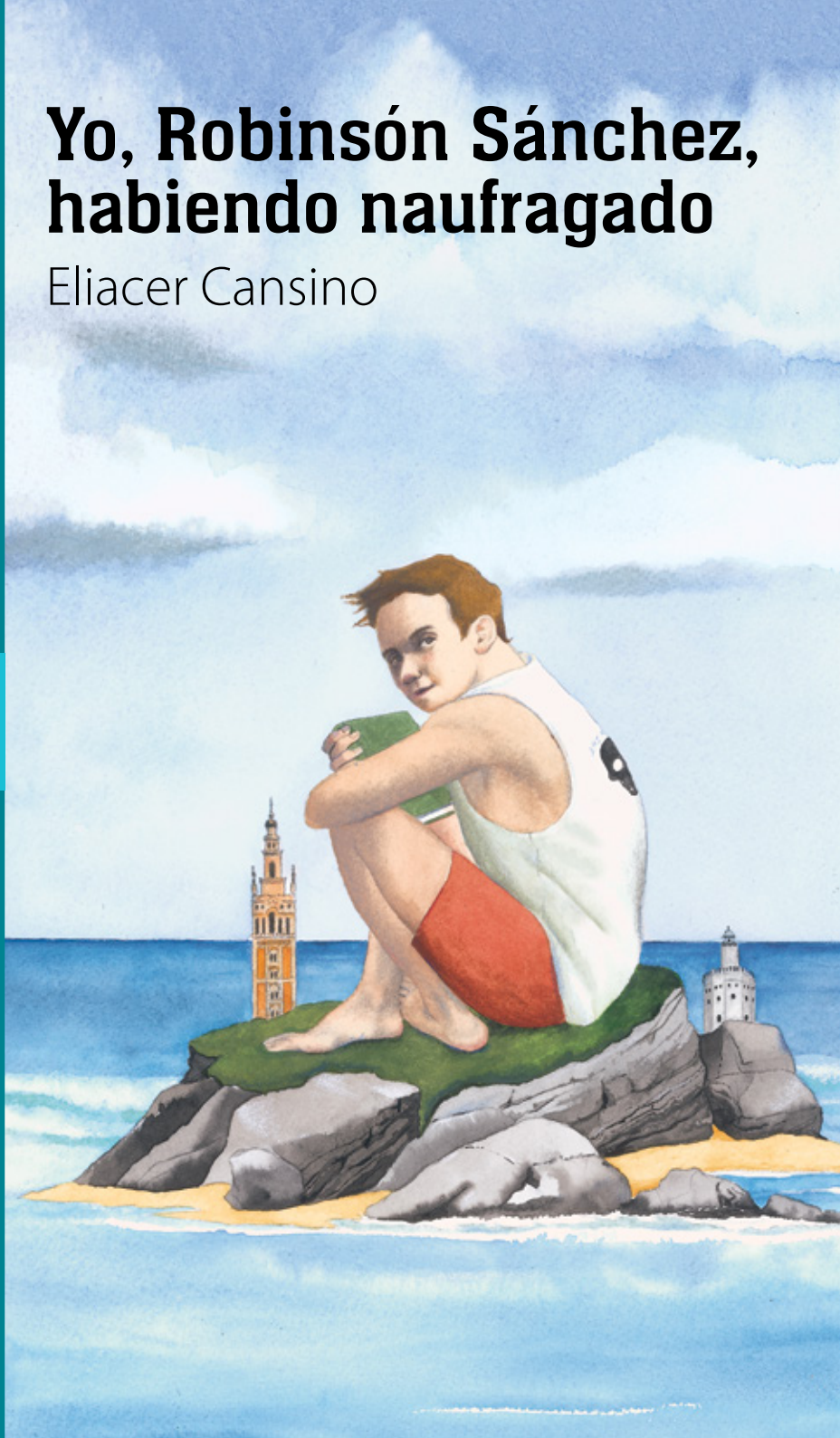


Clásicos Modernos

Yo, Robinsón Sánchez, habiendo naufragado

Eliacer Cansino



ANAYA

1.ª edición: febrero 2018

© Del texto: Eliacer Cansino, 2018

© De la ilustración de cubierta: Federico Delicado, 2018

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2018

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-698-3592-0

Depósito legal: M-32964-2017

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Clásicos Modernos

Yo, Robinsón Sánchez, habiendo naufragado

Eliacer Cansino



ANAYA

Estos días azules y este sol de la infancia...

A. MACHADO

Índice

Se descubre a un asesino	9
Aparecen animales melancólicos	15
Caen cagadas de pájaro sobre mi amor	19
Una biblioteca inexistente	26
Una mujer desnuda aparece entre los estantes	32
La Porqueriza	40
El manicomio	48
La Bestia	57
La prueba	62
Don Corpus... don Corpus	69
Por la puerta aparecen las malditas Parcas	86
¡P. Zúñiga vive!	94
El secreto de las plumas	106
«No seas sarcástica, tía»	116
¿Es la cara el espejo del alma?	122
La pluma del ave fénix	136
La destrucción de los libros	146
El huésped	155
Yo, Robinsón Sánchez, habiendo naufragado... ..	163

SE DESCUBRE A UN ASESINO

Hacía tan solo unos instantes que había oído a alguien ■ 9
arrastrar los pies por el corredor, bajar las escaleras, trastear en la cocina. Al poco tiempo cruzó de nuevo sigilosamente por mi puerta. Era la abuela. Como todos los días, el hambre la desvelaba a media noche y la hacía bajar a hurtadillas para comer un trozo de queso. Ella se quejaba de que tenía que levantarse a orinar, que le reventaba la vejiga si no lo hacía. Pero no era cierto. Todo eso no eran más que argucias para satisfacer su estómago. Ahora lo sabía con certeza. Días atrás, al ir a coger una pelota, descubrí bajo su cama un montoncito de cortezas de queso. Mi abuela había sido siempre una farsante, a pesar de todos sus ricitos bien puestos y esa sonrisa que la hacía parecer caída del cielo.

De nuevo el silencio pareció devolver la quietud a la casa. Me eché abajo de la cama y pegué la oreja tras la puerta. Todos parecían dormir. La abuela, ya en su habitación, estaría distraída royendo su queso como una enorme rata

nocturna. Salí al pasillo y bajé sigilosamente. Tenía que poner cuidado en no tropezar con las sillas. Llegado a la puerta que da acceso al patio sostuve la campanilla con un trapo y descorrí el cerrojo.

10 ■ En el jardín la luna iluminaba los setos y dotaba de una extraña penumbra a todos aquellos arriates. Me acerqué al árbol y comencé a escarbar junto al tronco. La tierra, sin duda, había sido removida. Cada vez estaba más seguro de que lo habían hecho. Continué cavando. Por fin, mis dedos tocaron un cuerpo extraño, suave como una piedra musgosa. Me detuve un segundo y miré hacia las habitaciones para cerciorarme de que nadie me vigilaba. Las ventanas de los dormitorios permanecían a oscuras. Sacudí la última capa de tierra y, en efecto, bajo ella estaba Sancho con los ojos cerrados y la nuca ensangrentada. Sentí un nudo en la garganta y las lágrimas temblándome en los ojos. De nuevo tapé el agujero y pisé la tierra hasta apelmazarla. Después coloqué una piedra blanca sobre el sitio y entré otra vez en la casa.

Desde la ventana de mi habitación volví a asomarme al jardín. Al pie del árbol, la piedra blanca relucía con la luna, como si fuese el mismísimo corazón de Sancho palpitando aún.

Debió de ser horrible el final. ¿Cómo iba a presentir Sancho que aquel hombre o mujer a quien tantas veces había visto antes pondría fin a sus días? Sin darle tiempo a huir, vería horrorizado cómo se le acercaban las manos asesinas de mi padre o de mi madre, o cómo la abuela, descubierta *in fraganti* mientras robaba el queso, le echaba enfurecida un trapo por encima para impedirle toda defensa. ¡Qué vergüenza matar por un trozo de queso!

Sancho era mi mochuelo. Un ave nocturna preciosa y sabia como todas las de su especie y que a la postre resultó incómoda para mi familia. Vivía en la cocina, pero a veces revoloteaba por la casa y entraba en la habitación de alguno y se le quedaba mirando, posado sobre los pies de la cama como si le vigilara los sueños. Por eso no lo querían. Les fastidiaba su mirada, esa inquisición que parecía adivinar el pensamiento. A mí, en cambio, me gustaba saber que estaba allí, me tranquilizaba; era como un centinela o como un ángel que guardara mi paz. Sí, tal vez era un ángel encarnado en sabia rapaz y eso convertía el asesinato en un angelicidio, algo, sin duda, de mucha más trascendencia.

Cuando todos apagaban las luces, encendía él sus dos faritos fosforescentes como dos lucernas inmóviles que no cejaban jamás en su vigilia. «Aquí no mira así nadie más que yo», solía decir mi padre, molesto por la mirada del bicho. A mi madre, a su vez, le daba repugnancia el color de las plumas que, según decía, le parecían como la piel de un lagarto, y que era un crimen tenerlo en casa, que a los animales hay que dejarlos en libertad. Pero yo no entendía otra libertad que la que cada cual quisiera darse. ¿Es que acaso Sancho no tenía libertad? Jamás le impedí que se fuera y él no lo hizo. Siempre que salía, probablemente de excursión por las torres, volvía otra vez al amanecer, advirtiéndome con su aleteo del poco sueño que aún me restaba. Le gustaba comer en mi mano sin tener que luchar contra las culebras sinuosas y los ratones esquivos. ¡Estaba tan gordito! Yo siempre procuraba que tuviese comida. Si no había carne, le cedía, sin que me viesan, parte de mi filete. Y aunque es verdad que en cierta ocasión acabó con las salchichas, hay

que entender que fue cuestión de supervivencia, es decir, cuestión de vida o muerte.

No sé si fue por cabezonada o porque realmente no pude soportar la vileza del asesinato de Sancho, lo cierto es que me prometí que no cejaría hasta descubrir al asesino, y, una vez descubierto, hacerle pagar su crimen.

Aquella tarde medité una serie de preguntas trampa, algo así como anzuelos para pescar al pez. Así lo había visto hacer al padre Brown, y me parecía un buen sistema para comenzar.

Desde el principio sospeché de la abuela. Dudaba que mis padres hubiesen tenido la sangre fría de matar a Sancho; en cambio, de la abuela no me costaba ningún trabajo creerlo, ya que en una ocasión la pillé matándome los grillos que yo guardaba en una caja de zapatos. Tanto se ensañó al pisarlos que pensé que tenía alma de asesina, y que lo hubiese sido de veras si hubiera vivido entre hampones. Así que en el desayuno me apresuré a lanzar el anzuelo.

—¡Menos mal que ha vuelto Sancho! —dije como quien no quiere la cosa—. Pensé que se había marchado para siempre.

Mis padres replicaron inmediatamente, lo cual les dejaba a salvo de toda sospecha:

—Estarás contento, ¿no? Ya te estabas poniendo pesado con el mochuelo.

La abuela, por el contrario, no dijo nada y se me quedó mirando extrañada. Cuando tragó la miga que tenía en la boca, preguntó:

—¿Dónde lo has visto?

Con toda la sangre fría que había aprendido del padre Brown, dije:

—¿Por qué? ¿Te extraña que lo haya visto?

—Sí que me extraña —contestó—. Esos pájaros, una vez que se van, no vuelven jamás.

—Una vez que se van de este mundo, querrás decir, ¿no? —repliqué, adoptando una magnífica actitud policial.

—No sé qué quieres decir —dijo algo aturdida.

—Sí que lo sabes —contesté—. ¡Lo sabes muy bien!

—¡Yo no sé nada!

—Te parece imposible que haya vuelto, ¿no? A no ser que sea el fantasma de un mochuelo lo que he visto. ¡Un fantasma capaz de sacarle a alguien los ojos por la noche!

—¡Decidle a este niño que se calle! —exigió la abuela, nerviosa—. Últimamente la tiene tomada conmigo, no sabe más que mortificarme.

—¿Por qué le dices esas cosas a la abuela, Miguel?

—Por nada.

Ya no había que dar más explicaciones. Estaba claro: ella era la asesina. Ahora solo había que actuar.

Esa misma noche, como era ya costumbre, oí junto a mi cuarto los muelles de su cama. Al poco tiempo, unos pasos y, por fin, la puerta del cuarto contiguo se abrió lentamente. La abuela volvía otra vez a las andadas: primero se dirigiría al retrete, por si alguien la descubría, poder disculparse; después, cuando se cerciorase bien de que todos dormían, iría a la cocina, donde impunemente tomaría su ración de rapiña nocturna. La seguí con el oído. Escuché su trasteo en la alacena. El corazón se me aceleró, apreté los dientes, me tapé las orejas con la almohada y, en ese momento, se oyó el chasquido y a continuación un grito aterrador que no cesaba.

Mi padre saltó de la cama sonámbulo. Mi madre corrió tras él por el pasillo.

—¡Dios mío! ¡Qué pasa, qué pasa! —gritaban.

En la cocina, la rata nocturna de mi abuela saltaba de un lado para otro, dando alaridos, con la mano pillada en la trampa para pájaros que yo había colocado junto al queso.

En mi habitación, solté la almohada que apretaba en mis oídos. Oí los últimos lamentos de la abuela y esbocé una satisfactoria sonrisa vengativa.

Días después, todo estaba preparado para el viaje a Sevilla. Sin embargo, Sancho ya no vendría con nosotros y permanecería allí, junto a otros muertos familiares, soñando en su eternidad con el cielo azul y rosa y los olivos de los que yo tantas veces le había hablado.

Clásicos **Modernos**



Otros títulos de la colección

Chocolate amargo

Mirjam Pressler



Eva tiene quince años, no tiene amigas, está gorda y no se gusta a sí misma. Parece que la vida es más fácil para las chicas delgadas, o eso es lo que piensa ella. Al menos saca buenas notas, pero esto no le hace sentirse menos aislada. En su familia no se siente muy entendida, y en el instituto ya es habitual pasarse los recreos sola leyendo.

Si al menos tuviera más fuerza de voluntad para dejar de comer tabletas de chocolate y esas rebanadas de pan con mantequilla, podría adelgazar y todo sería diferente.

Sin embargo, conocer a Michel y a Franziska le ayudará a darse cuenta de que sentirse bien consigo misma no tiene que ver con los kilos de más.

Mecanoscrito del segundo origen

Manuel de Pedrolo



Cuando Alba se tira al río para rescatar a Dídac, un chico mulato al que han empujado al agua, se produce un ataque alienígena. Justo en ese instante en el que Alba y Dídac están bajo el agua, el mundo, tal y como lo han conocido hasta entonces, deja de existir.

Cuando salen a la superficie, atónitos, descubren lo ocurrido y se van dando cuenta de que parecen ser los únicos supervivientes. Tras el *shock* inicial, la lucha se impone, hasta que ambos caen en la cuenta de que de ellos depende la construcción de un nuevo mundo y el preservar aquello del pasado que consideran importante, como por ejemplo los libros.

Alba y Dídac se convertirán en los nuevos padres de la humanidad porque decidirán ser el origen en lugar del final.

El polizón del Ulises

Ana María Matute



Tres hermanas solteras (Etelvina, Leocadia y Manuelita) encuentran un día a las puertas de su casa a un niño abandonado. Después de buscar a los padres sin éxito, las tres hermanas deciden adoptarlo y llamarlo Marco Amado Manuel, aunque todo el mundo lo conocerá por Jujú. Cada una de las tres hermanas se emplea a fondo en enseñarle al niño aquello que considera más importante en la vida para que se convierta en un hombre sabio, elegante y práctico.

Pero a Jujú lo que más le gusta es refugiarse en el desván para leer y leer. Allí creará su propio mundo con la compañía inseparable del *Ulises*.

Djadi, el niño refugiado

Peter Härtling



Djadi tiene once años cuando huye solo de Siria y acaba llegando a Fráncfort. Nadie sabe lo que ha vivido en su huida por el Mediterráneo ni lo que ha perdido por el camino. Djadi se encuentra completamente solo en Fráncfort cuando Jan y Dorothea lo acogen en la casa que comparten con otros mayores y se ocupan de él. Día a día aprende el idioma, las costumbres de su nueva «familia» y a adaptarse al colegio. Pero es la gran conexión y amistad con Wladi, un hombre de setenta y cinco años, lo que ayuda a Djadi a convivir con sus miedos.

Poco a poco aprende a confiar en las personas que lo acogen en su casa compartida.

Al viento de la Camarga

Federica de Cesco



Estella ama la vida al aire libre que lleva en las amplias extensiones de la Camarga, al sur de Francia. Sus días transcurren entre el ganado y los caballos de un rico ganadero, a los que cuida su padre. A Estella le apasiona el trabajo que lleva a cabo su padre y sueña con realizarlo ella cuando sea mayor, a pesar de que es muy peligroso. Un accidente inesperado cambia por completo su vida y tendrá que enfrentarse con dureza a la realidad: el rechazo y la oposición a seguir la estela de su padre. Pero ella no se conforma con lo que se espera de una chica, tiene su propia forma de pensar y de vivir.

La aventura inmortal de Max Urkhaus

Joan Manuel Gisbert



Max Urkhaus, un extraño y casi invisible investigador que parece haber alcanzado una edad inverosímil, se dedica a experimentar en secreto con el pensamiento humano y las leyes de la materia. Su incesante búsqueda de personas adecuadas para sus pruebas lo lleva a entrar en contacto con tres prodigiosas jóvenes hermanas, idénticas hasta un grado nunca visto, que son el resultado de manipulaciones y pruebas de laboratorio en genética y embriología.

Con la decisiva colaboración de estas hermanas, Urkhaus emprenderá asombrosos experimentos con las dimensiones del espacio y los límites del tiempo, como nunca nadie se había propuesto hasta entonces, dando lugar a escenas inauditas.

Una historia de tránsito a la adolescencia, donde el protagonista va construyendo su identidad a partir de la experiencia diaria.

El protagonista de esta historia, Miguel, se ve abocado a una nueva e inesperada vida a causa del traslado de su padre desde Salamanca a una ciudad andaluza. Las difíciles circunstancias familiares, que él va intentando interpretar a su modo, le llevan a un figurado naufragio del que saldrá airoso, como un Robinson, gracias a sus nuevos amigos y al hallazgo de una misteriosa biblioteca.

Al hilo de sus tribulaciones adolescentes, Miguel irá construyendo su propia personalidad, forjando su visión del mundo y adentrándose en la complejidad de la vida de los adultos.

Clásicos **Modernos**, una selección de los mejores libros juveniles para leer en el siglo XXI.

1579020

ISBN 978-84-698-3592-0



9 788469 835920

www.anayainfantilyjuvenil.com

AVENTURA



ANAYA